

LA ENCICLOPEDIA DIABÓLICA

Jaime Aguilera
Escritor



Enciclopedia familiar.



Francisco de Goya, Caprichos. 71. Contra el bien general.

Hasta hace poco tiempo, una de las primeras obligaciones de todo buen padre de familia, diligente y responsable, era comprar a sus hijos una enciclopedia. Suponian otra carga más para una ya de por sí endeudada economía doméstica, una pieza añadida al elenco claustrofóbico y alienante de letras e hipotecas. Por las casas de los pueblos aparecían —no creo que lo sigan haciendo— los afiladores, los testigos de Jehová, los que cambiaban los colchones de lana y los que vendían las enciclopedias. Todavía recuerdo la primera que tuvimos mi hermana y yo: era de color rojo y estuvo escondida debajo de la cama de matrimonio de mis padres hasta la misma noche de Reyes.

El caso es que el fenómeno revolucionario de internet se ha convertido en el peor enemigo de las enciclopedias de toda la vida. Lo dicen las propias editoriales: los números cantan, las ventas han descendido vertiginosamente y ahora a los niños se les compra la enciclopedia virtual más actualizada.

Los buscadores de la red de redes, en especial el *Google*, son el instrumento preferido de los escolares que tienen que hacer un trabajo para el colegio. Atrás han quedado las tardes enteras en la biblioteca pública copiando de puño y letra las

dos páginas de letra infima que la Espasa dedicaba a la biografía de Isabel la Católica; ahora, en cuestión de minutos, los alumnos tienen a su disposición páginas y páginas impresas, con fotografías a color y gráficos, vomitadas por la impresora láser con sólo apretar un botón. Hasta un propio servidor tiene que utilizar el *Google* para confirmar o buscar algún dato inserto en el artículo que ustedes leerán pacientemente después.

Hagan una simple prueba: introduzcan su nombre y apellidos en el motor de búsqueda. Puede que más de uno se lleve una sorpresa.

Internet también ha globalizado el mundo en este sentido: si antes el mundo anglosajón tenía como brújula a la *Enciclopedia Británica*, el francófono a la *Larousse* y el hispánico a la *Espasa*; ahora todos veneran a un único libro sagrado que, además, ya no necesita los apéndices de actualización que mi tío Paco compraba religiosamente cada año: el *Google* es un monstruo vivo, con nombre de Dios terrible, engendrado por un diablo alimentado por millones de internautas que va fagocitando nuevos datos segundo a segundo, *ad infinitum*.

Menos mal que el viejo Borges ya no está con nosotros. Su visceral anglofilia y su pasión casi

biblica por la *Británica* no hubieran soportado este auge de la consulta a través de cables de fibra óptica; todo lo contrario, se hubiera resistido numantamente y habría continuado con la labor diaria de una ósmosis que se iba empapando de tomos inmensos de papel sepia. Incluso me atrevo a poner en su boca la advertencia tiznada de amenaza que se cierne sobre nosotros y sobre las generaciones que vienen. Borges, casi ciego y a punto de morir en Ginebra, nos hubiera dicho con

voz quebrada y mesiánica: "Ese nuevo Lucifer que ustedes llaman *Google* ha conseguido robarles su alma: les ha puesto a su disposición todo el poder del conocimiento, oculto durante miles de años; pero a cambio les ha emborrachado tanto de información que ahora sólo les queda la más inconsciente de las ignorancias".



Los buscadores de internet y el acceso a la información digital están vaciando nuestras bibliotecas.